



El tema del viejo y la joven en la obra de J. M. Coetzee

LUIS
FERNANDO
AFANADOR

En febrero de 2006, J. M. Coetzee publicó en *The New York Review of Books* una brillante y polémica reseña sobre *Memoria de mis putas tristes*, de Gabriel García Márquez, titulada “La bella durmiente”. Allí, el escritor sudafricano abordaba el tema de la pайдofilia —el deseo de un hombre mayor por niñas menores de edad—, presente en la mencionada novela del escritor colombiano y en otra anterior, *El amor en los tiempos del cólera*:

La novela de Gabriel García Márquez *El amor en los tiempos del cólera* termina mientras Florentino Ariza, unido por fin a la mujer que amó desde lejos toda su vida, recorre el río Magdalena en un vapor en el que ondea la bandera amarilla del cólera. Tienen setenta y seis y setenta y dos años respectivamente. A los efectos de brindar toda su atención a su adorada Fermina, Florentino tuvo que romper su relación con una chica de catorce años de la que era tutor y a la que había iniciado en los misterios del sexo durante citas dominicales en su departamento de soltero (la joven aprende rápido). Rompe con ella en una heladería, sundae de por medio. Perpleja y desesperada, la chica se suicida con discreción, llevándose su secreto a la tumba. Florentino derrama una lágrima en privado y siente intermitentes punzadas de dolor por la pérdida, eso es todo.

América Vicuña, la chica a la que un hombre mayor seduce y abandona, es un personaje salido de Dostoievski. El marco moral de *El amor en los tiempos del cólera*, un trabajo de considerable peso emocional pero de todos modos una comedia, de la variedad otoñal, no tiene la amplitud necesaria para contenerla. En su decisión de tratar a América como un personaje menor, una más de la larga lista de amantes de Florentino, y de no explorar las consecuencias de la afrenta, García Márquez se adentra en un territorio inquietante en términos morales. De hecho, hay indicios de que no está seguro de cómo manejar la historia de la joven. Su estilo verbal suele ser enérgico, ágil, creativo y característico, pero en las escenas de las tardes de domingo entre Florentino y América encontramos ecos de la Lolita de Vladimir Nabokov. Florentino desviste a la chica “pieza por pieza con engaños de bebé: primero estos zapatitos para el osito, [...] después estos calzoncitos de flores para el conejito, y ahora un besito en la cuquita rica de su papá”. Florentino es un solterón, poeta aficionado, escritor de cartas de amor, asiduo concurrente a conciertos, de hábitos algo mezquinos y tímido con las mujeres. Sin embargo, a pesar de su timidez y su falta de atractivo físico, en el transcurso de medio siglo de seducción subrepticia hace 622 conquistas, de las que lleva registro en una serie de cuadernos.

En todos esos sentidos, Florentino se parece al narrador sin nombre de *Memoria de mis putas tristes*. Al igual que su predecesor, este hombre lleva una lista de sus conquistas con miras a un libro que planea escribir. Su lista llega a las 514 antes de renunciar a seguir contando. Luego, a una edad avanzada, descubre el verdadero amor, no en una mujer de su propia generación, sino en una chica de catorce años. Los paralelismos entre ambos libros, publicados con veinte años de diferencia, son tan llamativos que es imposible ignorarlos. Sugieren que, en *Memoria de mis putas tristes*, García Márquez puede haber intentado otra versión de la historia artística y moralmente insatisfactoria de Florentino y América en *El amor en los tiempos del cólera* (Ibarburu, 2006).

“García Márquez se adentra en un territorio inquietante en términos morales”, dice Coetzee en su reseña, y su afirmación llama la atención

pues proviene de un autor que incluye en varias de sus novelas la pasión de un hombre mayor por una joven, para la cual no parece haber impedimentos morales. En su novela *Desgracia*, leemos:

Para ser un hombre de su edad, cincuenta y dos años y divorciado, a su juicio ha resuelto bastante bien el problema del sexo. Los jueves por la tarde coge el coche y va hasta Green Point. A las dos en punto toca el timbre de la puerta de Windsor Mansions, da su nombre y entra. En la puerta del número 113 le está esperando Soraya. Pasa directamente hasta el dormitorio, que huele de manera agradable y está tenuemente iluminado, y allí se desnuda. Soraya sale del cuarto de baño, deja caer su bata y se desliza en la cama a su lado.

— ¿Me has echado de menos? — pregunta ella.

— Te echo de menos a todas horas — responde. Acaricia su cuerpo moreno como la miel, donde no ha dejado rastro el sol; lo extiende, lo abre, le besa los pechos; hacen el amor. Soraya es alta y esbelta; tiene el cabello largo y negro, los ojos oscuros, líquidos. Técnicamente, él tiene edad más que suficiente para ser su padre; técnicamente, sin embargo, cualquiera puede ser padre a los doce años. Lleva más de un año en su agenda y en su libro de cuentas; él la encuentra completamente satisfactoria. En el desierto de la semana, el jueves ha pasado a ser un oasis de *luxe et volupté*.

En la cama, Soraya no es efusiva. Tiene un temperamento más bien apacible, apacible y dócil. Es chocante que en sus opiniones sobre asuntos de interés general tienda a ser moralista. Le parecen ofensivas las turistas que muestran sus pechos (“ubres”, los llama) en las playas públicas; considera que habría que hacer una redada, capturar a todos los mendigos y vagabundos y ponerlos a trabajar limpiando las calles. Él no le pregunta cómo casan sus opiniones con el trabajo mediante el cual se gana la vida.

Como ella lo complace, como el placer que le da es inagotable, él ha terminado por tomarle afecto. Cree que, hasta cierto punto, ese afecto es recíproco. Puede que el afecto no sea amor, pero al menos es primo hermano de este. Habida cuenta del comienzo tan poco prometedor por el que pasaron, los dos han tenido suerte: él por haberla encontrado, ella por haberlo encontrado a él.

Sus sentimientos, y él lo sabe, son complacientes, incluso conyugales. (Coetzee, 2003, pp. 7 y 8).

Coetzee es un escritor provocador, políticamente incorrecto, y, por supuesto, *Desgracia* lo es a cabalidad, no solo en términos eróticos sino también históricos y culturales: lo que esa obra pone en tela de juicio es, ni más ni menos, la viabilidad de Suráfrica como país. Y lo que le ocurre a su protagonista, David Lurie, tiene un simbolismo relacionado estrechamente con la situación social. Sin embargo, ese no es el tema que nos ocupa. Coetzee llama la atención sobre la moralidad de los personajes de García Márquez, pero finalmente celebra su valentía al defender la paidofilia —aunque no la comparta— y mostrar que esta no tiene que ser “un callejón sin salida para el amante y la amada”. A juicio de Coetzee, el gran logro del escritor colombiano en *Memoria de mis putas tristes* consistió en haber demolido el muro que se levantaba entre la pasión erótica y la pasión de la veneración o culto a la virgen, sincretismo de gran arraigo en los países de tradición cristiana y, en especial, en el sur de Europa y en América Latina. Con lo que no está de acuerdo Coetzee —y por eso dicha novela le parece una obra menor— es con algo que comparto plenamente: García Márquez soluciona ese conflicto mediante un amor pueril y poco convincente. Resulta difícil creer en el enamoramiento tardío de un redomado putaño de 90 años.

David Lurie y otros personajes mayores de Coetzee se sienten atraídos por mujeres jóvenes —“técnicamente, él tiene edad más que suficiente para ser su padre” (p. 7)— pero quizás no estarían dispuestos a cruzar el límite de la minoría de edad. Sin reatos morales frente al hecho de pagar por el sexo, la juventud y la belleza, David Lurie establece una relación mercenaria pero altamente satisfactoria para dedicarse con tranquilidad a sus labores intelectuales: es un especialista en literatura romántica. Su precario paraíso será roto por un encuentro casual. En la calle se encuentra con Soraya, su servidora sexual, en su otra vida, la pública, con sus dos hijos, y ella, al sentirse descubierta, cancelará para siempre sus encuentros semanales y quedará cerrada la válvula de escape en la rutina del distinguido profesor. Ahí empieza su “desgracia”. La ruptura lo lleva a incursionar en el peligroso campo de las relaciones eróticas entre profesores y alumnos. Un terreno ambiguo, polémico, aunque de una sola faceta —de malos

y buenos— para los cazadores de brujas. David Lurie seduce a su alumna Melanie Isaacs y es llevado a juicio por acoso sexual. Extrañamente, no discute, no se defiende; acepta su culpa y la sanción social que le imponen. Al igual que Yoshio Eguchi, el personaje de *La casa de las bellas durmientes*, de Yasunari Kawabata, una de las novelas emblemáticas del erotismo senil, terminará desencantado del sexo. Amargo y desolado concluye el profesor Lurie, para quien el deseo es una carga sin la cual estaríamos mejor: como el filósofo Orígenes, hubiera preferido castrarse porque envejecer no reviste ninguna elegancia y lo único que queda es concentrarse en hacer lo que hacen los viejos: prepararse para morir.

Coetzee es un escritor provocador,
políticamente incorrecto, y,
por supuesto, *Desgracia* lo es
a cabalidad, no solo en términos
eróticos sino también históricos
y culturales.

No obstante, el deseo es terco, incluso en los viejos y en los novelistas. En *El hombre lento*, Coetzee retomará el tema. Paul Rayment, ex fotógrafo de 60 años y quien lleva una existencia tranquila y acomodada en Adelaida, sale un día a hacer diligencias en bicicleta, como es su costumbre. Pero un carro conducido por un joven imprudente lo atropella: vuela por los aires y queda inconsciente. La buena noticia es que habría podido morir y se salvó; la mala es que deben amputarle la pierna derecha por encima de la rodilla. Tuvo un accidente desafortunado y su vida dará un giro radical. Ya nunca más volverá a ser el de antes, nunca volverá a subir a Black Hill, nunca bajará a toda velocidad por las curvas de Montacute. Su universo se ha contraído hasta convertirse en un apartamento y no volverá a expandirse.

En términos de la narrativa de J. M. Coetzee, donde son comunes las historias duras y los

personajes abocados a situaciones excepcionales, Paul Rayment ha sufrido una desgracia. Otra desgracia que se convertirá en una exigente prueba moral que puede salvarlo o llevarlo a la destrucción si no la asume plenamente. Situaciones límite, destinos enfrentados a difíciles encrucijadas: ese es el territorio preferido por Coetzee para reflexionar acerca de la condición humana: “¿Qué es perder una pierna, desde una perspectiva global? Desde una perspectiva global, perder una pierna no es más que un ensayo general para perderlo todo” (Coetzee, 2005, pp. 20-21). El asunto de esta novela es entonces la vejez y cómo prepararnos para lidiar dignamente con esa etapa final de decadencia y deterioro.

Rayment no tiene familia. Llegó a Australia a los cuatro años precedente de Toulouse, en compañía de su madre, su padrastro y su hermana mayor. Pero ellos murieron y hace años se separó de su esposa Henriette, con la cual no tuvo hijos. Es un hombre solo que además se niega de plano a aceptar una prótesis: no quiere conformarse con pobres y tristes sucedáneos. En consecuencia, para afrontar en la práctica la nada fácil vida de lisiado que le espera, deberá obtener los servicios de una enfermera, vale decir, una mujer con capita blanca y zapatos sobrios, de voz cantarina, que lo tratará como a un niño o un idiota: “Ahora, si él quiere que Sheena le lave la pilila, tiene que pedirlo con mucha educación. Si no, va a pensar que Sheena es una de esas niñas malas. Esas niñas malas, muy malas” (p. 28).

Y eso será lo que le ocurra hasta que aparezca Marijana Jokic, inmigrante croata de mediana edad, casada, con tres hijos, algo gruesa y con aire de matrona, pero todavía con una belleza capaz de perturbar. Rayment cede al encanto de Marijana, que lo cuida con eficiencia y, sobre todo, sin dobles sentidos ni ridiculeces. Y no tarda en quedar perdidamente enamorado de ella y de sus hijos. Porque con su desesperado amor crepuscular también le llega una amarga revelación: el gran error de su vida consistió en negarse a tener hijos: “Ahora, por el contrario, no tener hijos le parece una locura, una locura gregaria, incluso un pecado. ¿Qué mayor bien puede haber que crear más vida, más almas? ¿Cómo se llenará el Paraíso si la Tierra deja de enviar sus cargamentos?” (p. 38).

“Desde una perspectiva
global, perder una pierna
no es más que un ensayo
general para perderlo todo”.

A esa altura del relato irrumpe Elizabeth Costello, la vieja lúcida e implacable, protagonista de la novela anterior de Coetzee. Este hecho implicará un cambio cualitativo en la narración, que se vuelve más compleja al abrir dos planos —realidad y ficción— y un diálogo entre personaje y autor —Elizabeth Costello como álgter ego de Coetzee—. Rayment querrá a toda costa seguir adelante en su imposible historia de amor y mecenazgo con la familia Jokic, y Costello, su conciencia crítica, tratará de disuadirlo y mostrarle lo absurdo e ilusorio de su actuación, en la que no pasa de ser un pelele. Una tarea bastante ardua: no es fácil enseñar a desprenderse del cuerpo y sus vanas fantasías —“¡Ah, la juventud!”— y tampoco lo es demostrar las ventajas de una vida espiritual y sabia a un simple vecino del barrio Coniston Terrace, Adelaida Norte. Es decir, a cualquiera de nosotros.

Pese a la requisitoria de la señora Costello —¿la mala conciencia de Coetzee?—, en *Diario de un mal año* volverá de nuevo a la carga. Un escritor de 72 años, reconocido mundialmente, vive solo en un apartamento de Sídney. Por cierto, se llama John, nació en Suráfrica y escribió un libro titulado *Esperando a los bárbaros*. El guiño autobiográfico es claro aunque el autor tampoco quiere permanecer en un realismo al pie de la letra: la señora Sanders cree de verdad que su

vecino es un escritor colombiano. Una editorial alemana ha tenido la idea de publicar un libro en el que seis eminentes escritores de distintos países expresen sus puntos de vista sobre los temas que ellos elijan, y en el que entre más polémicos y más se pronuncien sobre lo que va mal en el mundo de hoy, mejor. Se llamará “Opiniones contundentes” y John, desde luego, es uno de los invitados al proyecto.

Las “opiniones contundentes” de John sobre el terrorismo, los torturados de Guantánamo, la invasión a Irak, la economía global, el papel del Estado, las universidades, Tony Blair, la paidofilia, la matanza de animales, la física cuántica y el diseño inteligente, son algunas de las numerosas reflexiones que leeremos. Pequeños ensayos, lúcidos y provocadores. Sin embargo, este es apenas el tercer piso de la novela. En el condominio de su edificio reside Anya, una perturbadora y atractiva muchacha de origen filipino que John ha visto en la lavandería comunal. Como pretexto para acercarse a ella, le ha ofrecido una buena suma para que sea su secretaria: debe digitar las “opiniones contundentes” que él graba en un dictáfono. La relación que se irá desarrollando entre John y Anya es el segundo piso de la novela, que mostrará sus diálogos y cada uno de sus puntos de vista. Anya tiene una pareja, Alain, un pragmático y ambicioso financista, el polo opuesto de John. La vida de Anya con Alain constituye la tercera línea narrativa de la novela, su primer piso. En principio, otra relación sexualmente interesada. Le dice Anya a John:

No es cierto, nunca me ha dicho tal cosa, es demasiado cortés para hacerlo, pero lo pensó. Lo pensó desde el primer momento. Qué bonito culo, se dijo, uno de los culos más bonitos que he visto en mi vida. Pero nada en el coco. Si fuera más joven, pensó, cómo me gustaría tirármela. Confíselo. Eso es lo que pensó (Coetzee, 2007, p. 109).

No obstante el comienzo poco prometedor, esta relación, en el marco de un erotismo sutil, sublimado, irá creciendo hasta convertirse en una hermosa amistad y en una influencia positiva para ambas partes. Anya, con sus inteligentes observaciones, conseguirá que el libro de John pase de ser un ensayo de “opiniones contundentes” a otro de “opiniones suaves”, más irónicas, más llenas de

vida. Por su parte, John le permitirá a Anya crecer como persona y conocerse a sí misma. Así lo reconocerá: “En cierto modo, me ha abierto usted los ojos, eso lo admito. Me ha mostrado que existe otra manera de vivir, teniendo ideas, expresándolas claramente y esas cosas” (p. 219).

El abrazo final entre Anya y John tal vez no resuelva ese drama antiguo y terrible de la vejez enamorada de la juventud, que es la belleza y la vida. De la mente que no envejece y quiere permanecer, atrapada fatalmente en un cuerpo que se deteriora. Una historia que solo puede ser trágica como lo es *La casa de las bellas durmientes* o *Muerte en Venecia*, donde el profesor Aschenbach, rindiéndose sin apelación ante los sordos poderes de la muerte, sabe que detrás de su deseo por Tadzio —un muchacho fatuo— lo que hay en realidad es un amor sin esperanzas ante la vida y la belleza que huyen. Pero ese abrazo entre Anya y John, de cualquier manera, es una mejor opción, más digna, más humana, que la castración de Orígenes:

Así permanecemos un momento. *Vaya, quien puede imaginar los designios del Señor*, me dije. En el fondo de mi mente había también un verso de Yeats, aunque no podía recordar las palabras, solo la música. Entonces di el paso requerido y la abracé, y durante todo un minuto permanecemos abrazados, este viejo encogido y aquella encarnación terrena de la belleza celestial, y podría haber continuado durante otro minuto, ella lo habría permitido, generosa como era; pero me dije: *Ya es suficiente*, y la dejé marchar (p. 206). ■

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las Universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.

Bibliografía

Coetzee, J. M. (2003), *Desgracia*, Barcelona: Debolsillo.
——— (2005), *Hombre lento*, Barcelona: Mondadori.
——— (2007), *Diario de un mal año*, Barcelona: Mondadori.
Ibarburu, Joaquín [trad.] (2006, 2 de abril), “García Márquez según Coetzee”, *Clarín*. Recuperado de www.clarin.com.